

SERMON
DE SAN FULGENCIO,

OBISPO DE ÉCIJA Y DE CARTAGENA.

(DE LÁZARO GARCÍA.)

NECESIDAD DE CONFESAR Y DEFENDER LA VERDADERA FE
EN LOS PELIGROS Y PERSECUCIONES.

In tentatione inventus est fidelis.

Fué hallado fiel en el tiempo de la tentacion.

Eclesiástico, c. 44. v. 21.

Despues de presentarnos el libro sagrado del Eclesiástico al patriarca Abraham como el destinado por Dios para ser el padre de una numerosa posteridad, y decirnos que no se halló otro semejante á él que observase la ley del Señor, concluye su elogio diciéndonos: que fué hallado fiel en la tentacion: *in tentatione inventus est fidelis*. Y en verdad, hermanos míos, que si es mérito ser fieles y obedientes á Dios cuando nos favorece, cuando se anticipa á satisfacer nuestros deseos, cuando nos honra y llena de bendiciones, cuando ningun sacrificio costoso exige de nosotros, lo es mucho mas cuando es necesario pasar por las tribulaciones, cuando para serle fieles hay que renunciar á las comodidades, regalos y placeres; cuando es preciso hacerle el sacrificio de nuestros intereses, de nuestros afectos, de nuestra salud y de nuestra vida. Si Abraham obedece al Señor cuando le manda que por su mano sacrifique á su hijo Isaac y le conduce resignado al lugar del sacrificio, renunciando y sacrificando al mismo tiempo á todas sus esperanzas, á su amor de padre y á todos los afectos de la carne y de la sangre, y levanta su brazo para descargar el golpe, ¿no está formado todo su elogio y descubierta toda la intension de su

mérito con decir que fué fiel y obediente á su Dios en la tentacion?

Permitidme ahora que habiendo de formar en este dia el elogio de san Fulgencio, me abstenga de referir lo ilustre y esclarecido de su nacimiento, lo sólido y penetrante de su ingenio, sus adelantos admirables en las ciencias divinas y humanas, los escritos con que ilustró á nuestra España y á todo el mundo católico, exponiendo la doctrina revelada, defendiendo los dogmas de nuestra fe, confutando las herejías y á todos los enemigos de la religion, y me cña á decir de este héroe de nuestra patria lo que el oráculo sagrado nos dice del patriarca Abraham; *in tentatione inventus est fidelis*. Fué fiel al Señor, confesó y defendió la verdadera fe en medio de los peligros y á costa de los mayores sacrificios. Comprendemos bien, hermanos míos, que el hombre defienda sus creencias y sostenga su fe cuando nada arriesga ni pierde por ello; cuando ha de recibir los aplausos y obsequios de los hombres que le oyen con docilidad y con ansia; pero que con un celo infatigable y dispuesto á sacrificarlo todo defienda su misma fe entre las mas poderosas contradicciones, entre las persecuciones y peligros mas terribles, cuando no puede esperar sino los desprecios, las cárceles, los destierros y la muerte.... esto es obra solamente de una virtud perfecta y de un heroísmo de religion. Ved aquí lo que intento haceros admirar en san Fulgencio, objeto de nuestros cultos, y de lo que podeis y debeis inferir lo sublime de sus méritos y santidad, y la necesidad que nos incumbe á todos de confesar y defender la verdadera fe en los peligros y persecuciones.

Obra vuestra es, Señor, el don de fortaleza con que fortificais á vuestros siervos y sostieneis vuestra causa contra los grandes y poderosos del mundo, y contra todas las furias del infierno. Gracias os sean dadas por vuestra bondad, sabiduría y poder infinito con que asistis y conservais entre tantos peligros y contradicciones la verdad de la fe que tuvisteis á bien revelarnos. Dispensadme vuestra gracia para que yo acierte á anunciar vuestro poder y vuestras maravillas de un modo que ceda en gloria vuestra, honor de nuestro santo y provecho espiritual de nuestras almas. Os lo pedimos por la poderosa intercesion de María santísima, á quien diremos con el ángel: *Ave María*.

Nada vemos mas comun entre los hombres que el acomodar sus creencias y su conducta á las circunstancias, el condescender y dejarse arrastrar de los ejemplos de los poderosos; y se llama política y prudencia el no contradecir al error cuando se sanciona con la autoridad y el poder de la fuerza, cuando sale de la boca del que tiene en su mano los premios y los castigos, del que puede perder y salvar. Si hay un Bautista que tiene valor suficiente para reprender los escándalos de Heródes y decirle con resolucion *non licet*, ¿cuántos profetas falsos hay que justifican al impío por los dones que esperan recibir, ó por los bienes que temen perder? Si hay un árbol fuerte y robusto que se conserva inmóvil entre los huracanes, ¿cuántas cañas débiles hay, sin jugo, sin virtud y sin solidez que se inclinan á todos los lados á que las agita el mas pequeño viento?

Por los años de quinientos cincuenta y seis nació san Fulgencio de familia nobilísima por sus ascendientes, porque su padre Severiano, prefecto de la milicia correspondiente al departamento de Cartagena, era originario de la sangre real de los Ostrogodos, y Teodora su madre lo era de las familias de los godos mas recomendables por la religion y piedad; pero mas nobilísimas y apreciables aún por su virtud; por los frutos de santidad que dieron al mundo en san Fulgencio, san Leandro, santa Florentina y san Isidoro, hermanos todos, á quienes veneramos con la iglesia y de que justamente se gloria nuestra patria. Esta es la generacion de los que buscan al Señor, de los que se complacen en servir y adorar al Dios de Jacob y ponen en él todas sus esperanzas. El bello natural de san Fulgencio, su aplicacion al estudio, su conocimiento profundo de las ciencias y su pericia en las lenguas griega, hebrea, siríaca, italiana, gótica y latina, su posicion, sus relaciones, sus méritos y todas sus circunstancias le ponian en disposicion para aspirar á los primeros destinos y dignidades; pero dominaba en su tiempo en España la herejía de Arrio. El error de hacer puro hombre á Jesucristo y negarle la divinidad y consustancialidad con el Padre eterno, habia llegado hasta el mismo trono, y el rey Leovigildo habia tomado con ardor el partido de los herejes y perseguia con crueldad á cuantos no eran de su mismo sentir. Inútil es el afirmar que para agradar al rey era preciso sacrificar la fe y renunciar á la conciencia, y que para no ser enemigo del príncipe era preciso declararse por enemigo del Hijo

de Dios y negar su igualdad y consustancialidad con el Padre.

Se conoce bien que no podian lograrse los bienes de la tierra sin renunciar á los del cielo. Que sin ser hereje y hacer profesion del arrianismo no quedaba esperanza á la gracia del rey, á sus favores; que debia temerse todo de un rey que perseguia con crueldad y habia renovado en la España las épocas de los Nerones y Dioclecianos, bajo cuyo yugo gemian tristemente los católicos. San Fulgencio no era de aquellas almas viles que se manchan y denigran con las adulaciones mas criminales; no era un alma ambiciosa que todo lo sacrifica por subir un grado mas en los escalones resbaladizos de las grandezas humanas; su ciencia sólida y verdadera no era de esas engañosas que sirven, como vemos, para hallar razones y excusas para todo, para cohonestarlo todo, para justificarlo todo, y que son mas perjudiciales que la ignorancia, y no se pueden excusar de la malicia y el estrago que su ejemplo produce en los fieles simples y sencillos; su virtud no era tan débil y tan poco arraigada que vacilase ó pudiese desaparecer al impulso de la tentacion, y léjos de prometerse honores y distinciones, solo puede esperar los desprecios y la persecucion bajo el dominio de la impiedad. Lo conoce todo, y sin embargo animado de un celo apostólico, no se aparta de la fe católica; he dicho poco, hace frente á la herejía á pesar de su poder y proteccion, á pesar de su triunfo y aspecto fiero y tirano, se declara por uno de los mas fuertes defensores de la verdad, vence y confunde vergonzosamente en sus disputas á los arrianos.

El error y la impiedad sabe muy bien, y lo ha puesto en práctica en todos tiempos, echar mano de la persecucion, del destierro, de la calumnia, de la sangre y de la muerte para sostener un triunfo que no puede consolidar con la verdad y la razon. Su fin ha sido siempre ahogar á la verdad en sangre, sin conocer que así la lava, la acrisola, la purifica mas y mas, y hace mas palpable su evidencia. No puede ser vencido san Fulgencio con la razon, pero se le prende como á un malhechor, y sin mas recursos, sin mas provisiones, sin mas formalidades ni proceso se le arresta de orden del rey, y sin ser oído, sin permitirle tomar mas que el pobre vestido que le cubre, es desterrado desde Sevilla á Cartagena, donde se le pone en un encierro y donde sufre los mayores trabajos, privaciones y molestias de todas clases. ¿Desistirá de su empeño el defensor de Jesucristo? ¿El

destierro, la pobreza y la misericordia desarraigarán de su corazón la verdad y le convertirán en partidario de la mentira? ¿Callará al ménos y dejará de publicar la fe católica, de animar á los verdaderos fieles y de confundir á los herejes? *In tentatione inventus est fidelis*. San Fulgencio se conserva fiel en medio de las tentaciones. La fe que profesa ni la oculta, ni la niega, ni la defiende solo cuando no halla peligro en defenderla, sino tambien y con mas ardor entre las tribulaciones, en las cárceles, cuando se le amenaza con la muerte. Se gloria de padecer por Jesucristo, desprecia á los que tienen poder sobre el cuerpo y que ningun bien ni mal pueden hacer sobre el alma, y desde su destierro defiende la fe católica y anima con sus escritos y palabras á los fieles y al mismo Hermenegildo hijo del rey, que habia abrazado la verdad, para que la sostengan aunque sea á costa de su vida.

Comprendamos bien las circunstancias, las privaciones, la posicion de san Fulgencio, y conoceremos todo su mérito y heroísmo, nada comun por cierto. Defendemos fácilmente la verdad cuando nada tenemos que temer; pero hay pocos que sepan dar al César lo que es del César y á Dios lo que es de Dios, cuando el César quiere arrogarse las atribuciones que son de la pertenencia de Dios. Hay pocos que no cedan al temor, á las amenazas, que no dejen á Dios ántes que dejar sus regalos y comodidades, sus destinos y sus intereses. ¡Ojalá no pudiéramos citar en las historias tantos ejemplares de la flaqueza humana! ¡Tantas torres elevadas y que parecian indestructibles, y que han caído al primer golpe, á la primera amenaza, á la primera insinuacion de un poder que no debiera temer la virtud. Conozco la fragilidad humana, lo que atan el mundo y la carne, lo que ligan las atenciones con los propios y extraños; lo que arrastra el amor al descanso, al aprecio, á los intereses; lo sensible que es exponerse á las burlas y persecuciones de los malvados. Dad vosotros todos los ensanches que querais y ponderad cuanto gustéis lo crítico de tales circunstancias, y cuando os valgais de ellas para justificar las caídas vergonzosas y las condescendencias culpables, yo las haré valer para poner de manifesto el mérito de san Fulgencio, y os diré: *In tentatione inventus est fidelis*. En medio del horror y la persecucion, en el destierro y el encierro, privado de todos los recursos y amenazado por todas partes, una palabra sola le hubiera puesto á

salvo y restituído á la quietud y descanso. Una profesion de fe dictada por el rey y la herejía le hubiera colmado de honores y distinciones, y puesto al frente de los primeros y mas interesantes destinos; pero lo sufrió todo, lo perdió todo, lo despreció todo por conservarse fiel: *In tentatione inventus est fidelis*.

El triunfo del error y la impiedad es momentáneo y al fin viene á estrellarse y á rendir homenaje á la verdad. El impío está exaltado como un cedro del Líbano, le vemos, y al volver á pasar ya no existe y no hay señal del lugar que ocupó. Leovigildo, atormentado cruelmente por su conciencia y por el recuerdo de la muerte que hizo dar á su hijo el mártir san Hermenegildo, porque abrazó y sostuvo la fe católica; en los momentos en que se acerca la eternidad y desaparecen las ilusiones con que entretiene el mundo, cuando el hombre abandonado á sí mismo no puede de ménos de oír á su conciencia, Leovigildo encargó á su hijo y sucesor el príncipe Recaredo, que abjurase la herejía y siguiese los consejos de los varones apostólicos Fulgencio y Leandro, que tan acertadamente habian instruído y aconsejado á su hermano.

El príncipe Recaredo abrazó la verdadera fe, la España logró la paz y la proteccion de sus creencias, se levantaron los destierros, y san Fulgencio ¿tendria que avergonzarse y ocultar su ignominia y vileza al entrar en Sevilla? ¿Qué triunfo es comparable con el de este glorioso atleta que vuelve con toda su fe, sostenida entre el hambre, la miseria, la pobreza y todo género de calamidades? ¿Qué gozo es comparable con el de los verdaderos fieles al recibir en su seno al varon esforzado que se puso al frente de los que peleaban por la causa de Dios? Y el que tan fuertemente sostuvo la fe entre los peligros y persecuciones, ¿se olvidará de anunciarla y defenderla en la paz? Testigos son de su celo infatigable Cartagena á donde tuvo que volver muy pronto para suplir la falta de su obispo, imposibilitado por su edad y sus enfermedades; Écija á donde fué enviado por el rey como un ángel de paz para componer las discordias que la agitaban, y de donde fué creado obispo para gloria de la religion, lustre y esplendor de la fe, y ruina de la herejía. Testigos son Cartagena á donde fué trasladado, y cuya cátedra rigió por espacio de seis años con todo el acierto, la prudencia y el valor de un apóstol; lo son sus escritos admirables por su ciencia, piedad y sana doctrina; lo son los decretos del concilio se-

gundo de Sevilla á que asistió como obispo de Écija y en que tuvo tanta parte con su hermano san Isidoro.

Si me hubiera propuesto contemplar á san Fulgencio como obispo y pastor de la iglesia, discurriría por los sucesos de su ministerio, por sus limosnas, por su vigilancia, por su vida irreprochable; veríais un padre tierno y amante de sus hijos, un digno sucesor de los apóstoles que defiende la pureza de la doctrina, que destierra los errores y la superstición, que da pasto espiritual y corporal á su pueblo, que restablece la magnificencia del culto divino expurgando los abusos y la ignorancia, que reforma al clero y al pueblo, sin que sus enemigos tuvieran que echarle en cara jamás el mas pequeño defecto, viéndose siempre obligados á confesar su virtud y á dar testimonio de su celo. Écija y Cartagena, y hoy la silla episcopal de Murcia, donde está refundida la de Cartagena, se gloriarán siempre en un patrono y santo obispo que la ilustró con sus ejemplos y virtudes, propias de un obispo segun el corazón de Dios. Yo solo diré: que si como me he propuesto hacer ver en el elogio de este santo, fué fiel en la tentación, fué un apóstol en el tiempo de las persecuciones y el destierro, cuando el odio de un rey poderoso estaba declarado en contra suya, cuando por defender la pureza de la doctrina santa no podría prometerse sino tormentos y sangre; que si fué fiel y un esforzado defensor de su Dios en la desgracia, el abatimiento, la miseria y los castigos, ¿qué sería en la libertad, ayudado del favor de la potestad temporal, y colocado como una luz sobre el candelero en la dignidad de obispo en que fué puesto por Dios para regir su iglesia?

El Señor, que es fiel en sus promesas y justo recompensador de las fatigas, habia de pagar su trabajo á un siervo que desde la mañana habia trabajado en su viña, y habia soportado el calor de todo el dia; y en una ancianidad llena de méritos y virtudes le envió una muerte preciosa en los brazos de sus amigos en el Señor, san Braulio y san Laureano obispos de Zaragoza y de Cádiz. Una muerte que fué un paso para llegar al descanso feliz, y asistir á la compañía de aquel que prometió tener consigo para siempre á sus ministros: *ubi ego sum illic et minister meus erit.*

Goza de la justa recompensa y las delicias inefables, digno sucesor de los apóstoles; disfruta el pago de tu fidelidad y descansas de tus tareas y trabajos sin inquietud, sin turbación, y sin

temor de perder la corona de justicia que te fué dada en pago al fin de tu carrera. Canta sin cesar los himnos de alabanzas al Cordero en cuya sangre lavaste tu estola, y bendícele por los siglos de los siglos en la compañía de los ángeles. Gloriate, iglesia de Murcia, con el tesoro de las reliquias de san Fulgencio que despues de tantos siglos, de tantas persecuciones y trastornos has llegado al fin á conservar en tus altares, para ser el refugio de los fieles necesitados que invocan su protección y piden por su medio el socorro de sus aflicciones.

Y nosotros, mis amados hermanos, no olvidemos este ejemplo de fortaleza y constancia; aprendamos en san Fulgencio la necesidad que tenemos de confesar y defender la verdadera fe en los peligros y las persecuciones, renunciándolo todo, perdiéndolo todo, sufriendolo todo antes que sucumbir á ser infieles y enemigos de Dios. Resolvámonos á ser fieles en la tentación, y animémonos con su ejemplo y con la contemplación del premio que está gozando en el cielo por su fidelidad.

Dispensadnos, glorioso santo, dispensadnos á este fin vuestra protección; interceded con el Señor para que nos conceda el don de fortaleza; celoso fuisteis en la tierra de la salvación de las almas, y no podeis desatender en el cielo los ruegos de los que os invocan; sed nuestro abogado y protector para que no caigamos en la tentación, para que nos conservemos fieles al Señor en todas las circunstancias y todos los tiempos, y como á siervos fieles nos mande entrar también en su gozo y cantemos con vos las eternas alabanzas. Amen.